

por cierto está espléndido..... esta señora Marquesa sabe hacer las cosas.

—No todas, dijo Matusalem.

—Pues aquí, replicó Medina, no se echa nada de ménos..... Ya se ve, *juega en firme.*

—No lo creas.

—¿Acaso está arruinada?

—No.

—Calla, dijo Guillen restregándose los ojos; ó es él, ó no he visto cosa más parecida..... Mirad, mirad..... ¿No diriais que aquella cara es la de Miguel?

—¿Cuál? preguntó Medina.

—Aquella que habla ahora con.....

—Sí, sí, con la otra cabeza de hermosos cabellos negros salpicados de brillantes.

—Justo..... ¿No te parece Lanuza?

—Ca..... Lanuza es un perdido, que no se parece á nadie.

—Pues lo que es ése se le parece.

—En efecto; pero eso consiste en que Miguel ya no se parece ni á sí mismo, y cualquiera ha podido tomar sus facciones.

—La última vez que lo vi fué en la Car-

rera de San Jerónimo, contemplando el escaparate de una joyería.

—Yo la última vez que lo vi no quise verlo.

—Los dos, dijo Matusalem, lo habeis visto despues.

—No recuerdo, replicó Medina.

—No hago memoria, añadió Guillen.

—Pues los dos lo estais viendo ahora mismo.

—¿Cómo! exclamaron ambos.

—Como se ve..... mirando.

—No es posible que sea Miguel el hombre que estamos viendo.

—Pues es Miguel en persona, casi rico y próximo á contraer un matrimonio de primer orden.

—Tú estás malo, dijo Guillen tomándole el pulso.

—Tú has perdido la chabeta, añadió Medina, golpeándole en el bolsillo del chaleco con la palma de la mano.

Matusalem volvió la cabeza diciendo:

—No solamente es Miguel, casi rico y próximo á contraer un enlace magnífico, si-

no que es aquí esta noche el hombre de moda.

—Voy á saludarle, dijo Guillen.

—Sí, vamos á abrazarle, añadió Medina.

—Esperad..... exclamó Matusalem deteniéndolos. Miguel es un amigo con quien hemos pasado los primeros años de la juventud, es hombre de mérito y llegará á ser algo en el mundo: la miseria nos lo habia robado y la fortuna nos lo devuelve. Ahora, que entra en la sociedad en que nosotros vivimos, podemos decir que viene á buscarnos, y sería una crueldad no olvidar su pasada pobreza, y una ingratitud volverle la espalda. Comprendo vuestra impaciencia por abrazar al antiguo camarada que creíamos muerto y que se nos aparece lleno de vida; mas en este momento no conviene distraerlo, y entre tanto debéis saber todas las circunstancias de tan súbita prosperidad.

—Oh, sí..... cuenta, cuenta..... exclamaron los dos amigos.

—Á mí, siguió diciendo Matusalem, me debe su primer paso en el camino de la for-

tuna, y vosotros podeis contribuir á que la complete.

—Por supuesto..... le harémos jugar á la Bolsa, dijo Medina, y ganará..... yo estoy en altos secretos, y con una *prima* decente puedo hacerlo millonario en quince días.

—Quizá, advirtió Matusalem, le conveniria más perder que ganar.

—¡Demonio! exclamó el bolsista.

—No te admires, dijo Guillen; la ciencia aconseja en muchos casos el sistema de debilitar al enfermo para asegurarle despues una salud completa; yo aplico con frecuencia ese procedimiento. Pero eso ya lo discutiremos despacio; ahora lo que importa es que Matusalem nos cuente *c* por *b* esa historia, porque debe ser sumamente curiosa.

—Vámonos á un sitio retirado, añadió Matusalem, y allí sabréis todo lo que conviene que sepais.

Los tres cruzaron los salones más concurridos, y dirigiéndose al extremo de una galería, dieron una vuelta por el *buffet* y se internaron en la pieza de fumar, donde, apoderándose de magníficos habanos que en

bandejas de plata se ofrecían á los fumadores, se hundieron, digámoslo así, en el ángulo de un divan. Colocado Matusalem entre el médico y el bolsista, comenzó la relación de los sucesos que ya conocemos, reservándose la parte que le convenía callar.

Al fin de su relato planteó la cuestión en estos términos :

—Ahora bien, decidme : ¿qué le conviene?... ¿hacer el oso con la Marquesa ó poseer los trescientos mil duros de la vírgen América?

—No tiene duda, exclamó Guillen, hay que casarlo con la criolla.

—¿Qué te parece, Medina? preguntó Matusalem.

—Me parece, contestó el bolsista, que es una soberbia jugada.

Después de esta conversación se separaron, perdiéndose entre la animada concurrencia que llenaba los salones, donde se hallaba reunida la flor y nata de la sociedad más escogida.

CAPÍTULO V.

Una visita que parece una aparición.

¿Cuántos jóvenes de los que consumen sus rentas ó las ajenas buscando en el laberinto de la vida brillante las más pueriles satisfacciones del amor propio envidiarían á Miguel su afortunada aparición en el mundo? No serían pocos; porque desde la noche que lo hemos visto presentado por la Marquesa y preferido por la criolla, Lanuza era una de esas celebridades de salón, cuyo nombre se repite por todos, como los espejos repiten la imagen, como el eco repite la voz, siendo el tema obligado de las entretenidas conversaciones que hacen tan agradable la vida de la gente desocupada.

No se le conocía ningún mérito verdadero, ninguna cualidad sobresaliente, pero ha-